

# VISIONES DE RUSIA EN LA CULTURA ESPAÑOLA DE LOS SIGLOS XVII A XIX (PERSPECTIVAS LITERARIAS)

Antonio Cruz Casado  
Académico Numerario

---

## RESUMEN

---

### PALABRAS CLAVE

Rusia.  
Recepción de España de la cultura rusa.  
Lope de Vega.  
Juan Valera.  
Emilia Pardo Bazán.  
Siglos XVII, XVIII y XIX.

Se examinan en este estudio diversos autores y obras que nos ofrecen visiones de Rusia desde el siglo XVII hasta el XIX, entre los que están Lope de Vega, el Duque de Berwick, Juan Valera o Emilia Pardo Bazán. Como resultado de diversas embajadas al lejano país de los rusos o por efecto de la admiración que sienten nuestros escritores por la gran novela rusa del siglo XIX (Dostoievski, Tolstoi, etc.), el público español va teniendo acceso paulatino a la cultura de aquel país.

---

## ABSTRACT

---

### KEYWORDS

Russia.  
Reception in Spain of Russian cultura.  
Lope de Vega.  
Juan Valera.  
Emilia Pardo Bazán.  
17th, 18th and 19th centuries.

Various authors and works that offer us views of Russia from the seventeenth to the nineteenth century are examined in this study, among which are Lope de Vega, the Duke of Berwick, Juan Valera or Emilia Pardo Bazán. As a result of various embassies to the distant country of the Russians or because of the admiration felt by our writers for the great Russian novel of the nineteenth century (Dostoevsky, Tolstoy, etc.), the Spanish public is gradually accessing the culture of that country.

Mi visión de Rusia, de mi Rusia, procede de haber leído obras literarias de rusos, sobre todo de Gogol, Turguenef, Tolstoi, Gorki y en especial de Dostoyeuski [sic]. Dostoyeuski es, debo confesarlo, mi principal fuente respecto a Rusia. Mi Rusia es la Rusia de Dostoyeuski.

Miguel de Unamuno, "Un extraño rusófilo" (1914) <sup>1</sup>.

---

Boletín de la Real Academia  
de Córdoba.  
BRAC, 167 (2018)  
335-362

---

<sup>1</sup> Miguel de Unamuno, "Un extraño rusófilo", *Otros artículos*, en *Obras completas, IX. Discursos y artículos*, ed. Manuel García Blanco, Madrid, Escelicer, 1971, p. 1248.

En los últimos días de mayo<sup>2</sup> del año 1920, el periódico madrileño *La Libertad* (entre cuyos colaboradores figuraba con cierta asiduidad Cristóbal de Castro) anunciaba el próximo folletón, que iba a publicar en sus páginas, en los términos siguientes: “Una obra importantísima. Rusia sigue siendo la actualidad palpitante. De día en día crece el interés por conocer todo el movimiento de la revolución bolcheviki [sic]. Sus hombres, sus leyes, sus organizaciones, sus luchas, llaman poderosamente la atención en el mundo entero”. Añadía después más apreciaciones positivas y encomiásticas de la obra *La Rusia Roja*, de N. Tarin, de la que incluía un completo índice, en el que se da un amplio repaso a las luchas revolucionarias que suceden en aquel país, desde 1825 hasta comienzos del siglo XX. Este amplio relato histórico, que se iniciaría de manera efectiva, en las páginas del diario, el 1 de junio de 1920, y que se publicaría hasta el 18 de septiembre del año indicado, es sólo un ejemplo más de la atracción que en el mundo occidental se sentía por la civilización soviética y sus movimientos revolucionarios, especialmente durante los dos últimos siglos, interés que también compartirían los españoles de aquellas centurias.

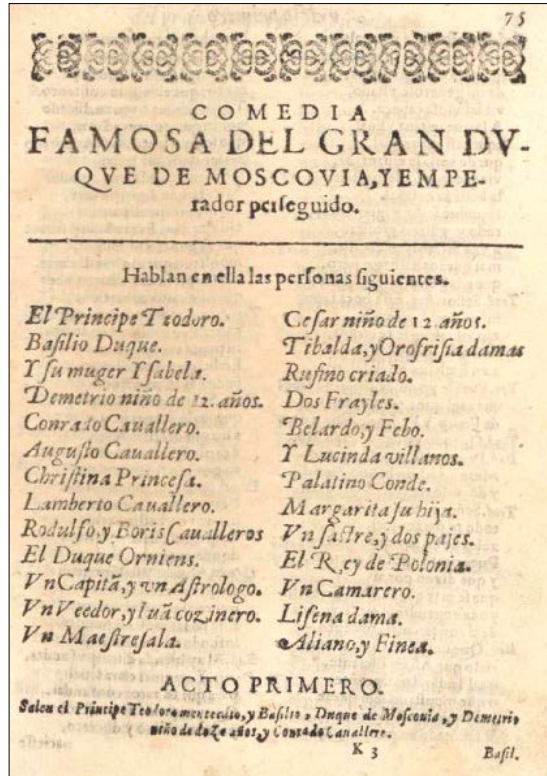
En este sentido, se puede comprobar que ya desde la segunda mitad del siglo XIX, aproximadamente, se nota un incremento de las noticias que, sobre la literatura rusa y la cultura eslava en general, había supuesto el período anterior, algo menos proclive a interesarse por el lejano país de los zares. Bien es cierto que Rusia no era un país completamente desconocido para muchos españoles de los siglos áureos de nuestra cultura (pensemos, por ejemplo, en la *Embajada a Tamorlán*, de Rui González de Clavijo<sup>3</sup>, o en los medievales viajes del judío Benjamín de Tudela<sup>4</sup>), pero la imagen de aquel país en España estaba poco tipificada y los temas rusos

<sup>2</sup> Una primera versión de este trabajo, bajo el título de “Noticias de Rusia (La recepción de la literatura rusa en la España del siglo XIX)”, se publicó, sin notas y sin referencias bibliográficas, en la parte introductoria del volumen de Cristóbal de Castro, *Novelas de Rusia*, ed. Manuel Galeote, Córdoba, Diputación, 2017, pp. 61-81. Restituimos ahora los aspectos entonces omitidos (algo que se hizo a nuestro pesar), puesto que consideramos que los apoyos bibliográficos y su expresión son aspectos fundamentales en cualquier trabajo que pretenda acercarse al carácter científico que deben tener los estudios literarios. La versión actual amplía contenidos e incluye nuevas referencias bibliográficas.

<sup>3</sup> Se encuentra aquí una de las primeras menciones de Rusia: “E otrosí esta ciudat [se refiere a Samarcanda] es muy abastada de muchas mercaderías que en ella vienen de muchas partes: e de Ruxia e de Tartalia van cueros e lienços; e del Catay, paños de seda, que son los mejores que en aquella partida se fazen”, Rey González de Clavijo, *Embajada a Tamorlán*, ed. Francisco López Estrada, Madrid, Castalia, 1999, p. 313.

<sup>4</sup> Este judío español, del siglo XII, escribe un *Itinerario* muy esquemático en algunas ocasiones, con respecto a datos y descripciones, como cuando comenta lo siguiente: “Desde allí en adelante está el país de Bohemia, llamad Praga, inicio del país de Esclavonia. Los judíos que allí moran le llaman Canaán, porque los paisanos venden sus hijos e hijas a todas las gentes: son las gentes de Rusia. Es un gran reino, desde la puerta de Praga hasta las puertas de Kiev, la gran ciudad, que está al fin del reino. Es país de montes y bosques [...]. Nadie sale de las puertas de su casa en los días del invierno debido al frío, y allí hay hombres a quienes se les cae la punta de la nariz. Hasta aquí es el reino de Rusia”, José Ramón Magdalena Nom de Deu, *Libro de viajes de Benjamín de Tudela*, Barcelona, Río Piedras, 1982, p. 125, apud Rica Amran, “El libro de viajes de Benjamín de Tudela: del mito a la realidad histórica”, *Cahier d'Études Hispaniques Medievales*, 30, 2007, pp. 13-24. Co-

o las historias ambientadas en Rusia eran poco importantes en número, aunque contemos entre los cultivadores de las mismas nada menos que a Lope de Vega, con una correcta comedia, *El gran duque de Moscovia y emperador perseguido*, a la que hay que unir una novela bizantina ambientada también en aquella nación, *Eustorgio y Clorilene. Historia moscóvica* [sic] (1629), de Enrique Suárez de Mendoza.



Lope de Vega, *El gran duque de Moscovia*.

El lugar de la acción en la comedia de Lope, la corte del zar Teodoro, cuyo hijo Demetrio, un niño al comienzo de la obra, será el protagonista de la acción, no presenta apenas rasgos de ambiente específico eslavo, de tal manera que los sucesos que se desarrollan en la trama bien podrían tener lugar en Polonia o en Suecia o en otro país alejado de España. Ocasionalmente se hace referencia a alguna costumbre del país, como el uso del bastón o cetro como símbolo del poder imperial, tal como indica Teodoro:

---

mo se sabe, el original de Benjamín de Tudela está escrito en hebreo y fue traducido al latín por Arias Montano; hemos visto la siguiente edición: *Beniami Tudelensis Itinerarium, ex versione ex Benedicti Ariae Montani*, Lipsiae, Apud Ioanni. Michael. Ludov. Teubner, 1764; las versiones españolas de la obra son de época contemporánea.

En Moscovia es el bastón  
 cetro y insignia real,  
 y éste le dan por señal  
 en nuestra coronación<sup>5</sup>.

Por otra parte, como es normal en Lope, que todo lo observa y tamiza desde un prisma claramente español, encontramos en alguna ocasión incluso referencias a las corridas de toros, lo que no ayuda en absoluto a crear o consolidar un ambiente presumiblemente ruso. Así comenta el protagonista, ahora en figura de pícaro de cocina:

Yo salí a correr un toro  
 y por escapar la vida  
 traigo la capa rompida,  
 que trajo bañada en oro.  
 Cuando niño me prendió  
 su alguacil de la fortuna,  
 pero dejéle en la cuna  
 en que acostado me halló.  
 Y vine de una corrida  
 hasta donde Dios lo sabe,  
 porque es bien perder la nave  
 porque se salve la vida<sup>6</sup>.

De esa indefinición de perfiles que ofrece Rusia para el español de la época da fe, por ejemplo, el conocimiento geográfico que manifiesta el comentarista gongorino José Pellicer de Salas y Tovar, el cual, en sus amplios y a veces inmotivados escolios al *Polifemo* engloba numerosas naciones bajo el nombre de Sarmacia:

Esta provincia se divide en muchas regiones hoy, en Polonia, Rusia,  
 Prusia, Lituania, Libonia, Moscovia, Podolia, Olba-Rusia, creída Tar-

<sup>5</sup> Lope de Vega Carpio, *Comedia famosa del Gran Duque de Moscovia y emperador perseguido*, en *Séptima parte de sus comedias*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1617, f. 80 r., grafía actualizada. En algunos lugares, más parece comedia rural castellana que de ambiente ruso, como cuando se incluye el conocido cantarillo “Blanca me era yo / cuando entré en la siega”, *ibid.*, f. 87 r. El término *Rusia* parece que en la época tenía en español una acentuación diferente a la actual, *Rus-ía*, no sabemos si por influencia del francés, *la Russie*, como se advierte en los versos siguientes: “La opinión que se tenía, / famoso rey de Polonia, / de que Demetrio vivía, / pasó de Moscovia a Libonia / y de Tartaria a Rusia”, *ibid.*, f. 91 r. Creemos que no es ocasional la rima, puesto que vuelve a repetirse más adelante con la misma fonética: “Éste a quien el rey quería / vestir y hizo cortesía, / es de Moscovia el gran Duque, / es de Astracán Archiduque / y Emperador de Rusia, / Rey de Tartaria, y señor / de cien provincias...”, f. 93 r. Se trata de una escena seria, en ambas ocasiones, por lo que pensamos que no puede aducirse que el cambio de acento tenga sentido irónico alguno, al contrario de lo que sucede en los conocidos versos de Góngora: “El conde mi señor se fue a Nápoles, / el duque mi señor se fue a Francia”, Luis de Góngora, *Obras Completas. Poemas de autoría segura. Poemas de autenticidad probable*, ed. Antonio Carreira, Madrid, Castro, 2000, vol. I, p. 319.

<sup>6</sup> Lope de Vega Carpio, *Comedia famosa del Gran Duque de Moscovia y emperador perseguido*, *op. cit.*, f. 90 r.

taria. La mayor parte de Sarmacia yace hoy sujeta al Rey de Polonia; está en ella el Borístenes, río célebre<sup>7</sup>.

Menciona luego al Duque de Moscovia entre los principales poseedores de Europa: “al Cristianísimo Rey de Francia, al Rey de Inglaterra, al Rey de Polonia, al Duque de Moscovia, Emperador de Rusia, al gran Turco”<sup>8</sup>.

La comedia lopesca se basa en un episodio histórico que tuvo lugar a comienzos del siglo XVII, concretamente entre los años 1605 y 1606, cuando Demetrio, o Dimitri (en realidad, se trataba de un monje llamado Gregorio Otrepief, que se hizo pasar por hijo de Ivan IV, el Terrible)<sup>9</sup>, es nombrado zar de Rusia, aunque acaba asesinado en mayo del último año indicado. La comedia de Lope se ocupa sólo de los sucesos que tienen lugar hasta el momento de la entronización de Demetrio, como Duque de Moscovia<sup>10</sup>, y presenta al personaje indicado como el heredero auténtico del trono de Rusia, no como el impostor que fue en realidad.

Suele datarse la pieza en 1606, es decir, en fecha bastante cercana a los sucesos que le sirven de inspiración, en tanto que, para 1617, ya contamos con una edición en volumen, colección que el autor pudo seleccionar (o los impresores, en su caso, aunque se dice que el texto está bastante estragado)<sup>11</sup>; esto da idea de que se tenía

<sup>7</sup> José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, Imprenta del Reino, 1630, col. 135, grafía actualizada. El nombre actual del río Borístenes es Dniéper, aunque el primer nombre aparece ya en la *Historia* de Herodoto; los geógrafos posteriores hablan de que este río separa a Rusia de Polonia y va a desembocar en el Mar Negro: “por el Occidente [Rusia limita] con Polonia, de donde la separan el Borístenes y Narva”, Pedro Murillo Velarde, “De Moscovia o la Gran Rusia”, *Geografía histórica de Alemania, Flandes, Inglaterra, Dinamarca, Noruega, Suecia, Moscovia y Polonia*, Madrid, Gabriel Ramírez, 1752, tomo IV, p. 326; “El Borístenes nace en el Ducado de Smolensko, según Chevigni, y corriendo al Sur desagua en el Ponto Euxino, o el Mar Negro, junto a Oczkow”, *ibid.*, p. 327.

<sup>8</sup> José Pellicer de Salas y Tovar, *Lecciones solemnes a las obras de don Luis de Góngora y Argote*, op. cit., 138.

<sup>9</sup> Sobre el episodio, de abundante bibliografía histórica, hemos visto un texto español, traducido del francés, a comienzos del siglo XIX: Mr. Chopin, *Historia de la Rusia*, trad., Editores del Guardia Nacional, Barcelona, Imprenta del Guardia Nacional, 1839, pp. 116-121, para el relato pormenorizado de los sucesos indicados.

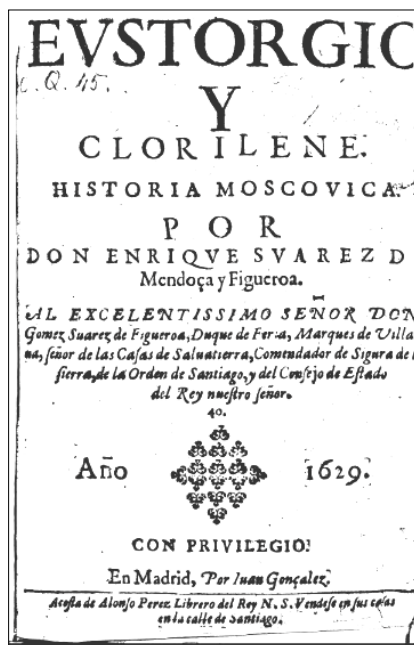
<sup>10</sup> He aquí los versos finales de la comedia, en boca del rey de Polonia: “Tu esposa y tu imperio goza / dando fin a los sucesos / del gran Duque de Moscovia”, Lope de Vega Carpio, *Comedia famosa del Gran Duque de Moscovia y emperador perseguido*, op. cit., f. 98 v.

<sup>11</sup> Es lo que manifiesta uno de los editores modernos, don Marcelino Menéndez y Pelayo: “El texto de esta pieza ha llegado a nosotros en un estado deplorable, como generalmente sucede con todas las comedias que Lope no imprimió por sí mismo. Hay trozos en que evidentemente faltan versos, y otros en que parece notarse intercalación de ajena mano. Aun descontando todo esto, resulta en su estilo una de las obras más descuidadas de su autor”, Lope de Vega, *Obras. Comedias mitológicas. Comedias de asunto extranjero*, pról. Marcelino Menéndez Pelayo, Madrid, Rivadeneira, 1896, tomo VI, p. CXXXVII. El mismo análisis de la comedia en Marcelino Menéndez y Pelayo, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, ed. Adolfo Bonilla y San Martín, Madrid, Victoriano Suárez, 1921, tomo II, pp. 308-316. También hemos visto el acercamiento de Émile Gigas, “Études sur quelques comedias de Lope de Vega. IV. *El gran Duque de Moscovia y Emperador perseguido*”, *Revue Hispanique*, tome 81, 2, 1933, pp. 177-189, que nos habla de traducciones de esta obra al holandés, en el siglo XVII, y al alemán, en el XIX, al mismo tiempo que se refiere a tres notas de

consideración por este drama, puesto que en el impreso hay obras importantes, como *El villano en su rincón* o *La serrana de la Vera*, además de estar dirigido al mecenas o protector del Fénix, don Luis Fernández de Córdoba, Cardona y Aragón, Duque de Sessa, Conde de Cabra, Vizconde de Iznájar, etc., entre otros muchos títulos.

Con todo, no resulta ser una obra muy conocida, ni siquiera en Rusia, donde, según cuenta Valera, un bibliotecario imperial le pedía noticias sobre esta pieza a mediados del siglo XIX. El diplomático egabrense dice así en una de sus cartas (23 de enero de 1857) a Leopoldo Augusto de Cueto, tras comentar que la biblioteca imperial tiene más de setecientos mil volúmenes:

Para ver bien aquella biblioteca es menester un mes. Hay una gran sala donde están solamente cuantos libros se han escrito sobre Rusia en todas las épocas y en todos los pueblos. Español hay algo, y uno de los bibliotecarios me dijo que hace tiempo que anda buscando y que no puede dar con una comedia que escribió Lope de Vega sobre el falso Demetrio<sup>12</sup>.



Suárez de Mendoza, *Eustorgio y Clorilene*.

color local en la pieza lopesca: la referencia al bastón como símbolo del poder, los títulos del emperador y la mención de “martas cibelinas”, ya en el acto tercero. Para las fuentes de esta comedia, cfr. Gertrud V. Poehl, “La fuente de *El gran Duque de Moscovia* de Lope de Vega”, *Revista de Filología Española*, 19, 1932, pp. 47-63 y J. A. Van Praag, “Más noticias sobre la fuente de *El gran Duque de Moscovia* de Lope de Vega”, *Bulletin Hispanique*, tome 39, 1937, pp. 356-366.

<sup>12</sup> Juan Valera, *Correspondencia, 1847-1861*, ed. Leonardo Romero Tobar, Madrid, Castalia, 2002, vol. I, p. 395.

Una indeterminación parecida al de la comedia de Lope, en cuanto se refiere al tratamiento de Rusia y a la ausencia de color local, se aprecia también en la novela bizantina de Enrique Suárez de Mendoza, algo que es común a muchas obras del género narrativo indicado, en las que se solía situar el comienzo de la acción en lugares muy lejanos, de los que el lector de la época no tenía apenas noticia y conocía sólo por el nombre, localización en ocasiones tomaba tintes legendarios, como se advierte en el *Persiles* cervantino, cuya acción se inicia en la remota y semi-legendaria Thule, en las cercanías del polo norte.

En el comienzo de esta *Historia moscóvica*<sup>13</sup>, como indica el subtítulo, encontramos al protagonista Eustorgio, Gran Duque de Moscovia, errante en la noche, cuando se ha desatado una terrible tormenta, acompañado de algunos servidores, acogidos luego en el cubil de una loba, con la que confraternizan. Posteriormente aparece un hermoso joven herido, Carloto, que lamenta la muerte a sus manos, en un accidente de caza, de otro joven, Leoncio. Las quejas de Carloto dejan traslucir, aunque curiosamente sólo para el lector, que se trata de una mujer disfrazada, llamada Clorilene, que ha dado muerte a su esposo. A partir de este momento, una vez presentados los protagonistas, la historia se desarrolla de una manera muy compleja, con viajes, naufragios, traiciones, amores y otros elementos similares. Para algún crítico, parte del planteamiento y del argumento de la obra repite elementos de la historia del falso Demetrio<sup>14</sup>, tal como había sucedido en la comedia de Lope de Vega.

El siglo XVIII supone ya un acercamiento a la cultura y a la realidad rusa, en el plano de la visión directa de las cosas, como podemos comprobar en la relación del Duque de Berwick o las cartas diplomáticas del Marqués de Almodóvar, que fue embajador en Rusia en una de las etapas más conflictivas del citado país, con la entronización de Catalina II y la muerte del zar Pedro III.

Al Duque de Berwick y de Liria, Jacobo Fitz James Stuart, debemos noticias directas sobre el lejano país eslavo, del que fue embajador de España en 1727, siendo así el primero de los diplomáticos españoles que de manera oficial, y por encargo del rey Felipe V, inicia relaciones políticas con la corte de los zares<sup>15</sup>, cosa que mantiene durante unos tres años y de la que nos han llegado dos relaciones, el *Diario*

<sup>13</sup> Enrique Suárez de Mendoza y Figueroa, *Eustorgio y Clorilene. Historia moscóvica*, Madrid, Juan González, 1629; hay varias ediciones más en el siglo XVII. De su posible relación con *La vida es sueño*, de Calderón, se ha ocupado Juana Toledano Molina, "Clorilene: una nota para la trama interna de *La vida es sueño*", en Ignacio Arellano, ed., *Calderón 2000. Homenaje a Kurt Reichenberger en su 80 cumpleaños*, Kassel, Edition Reichenberger, 2002, vol. II, pp. 647-657.

<sup>14</sup> Cfr. J. A. Van Praag, "*Eustorgio y Clorilene. Historia Moscovica*", *Bulletin Hispanique*, tome 41, 1939, pp. 244-246 especialmente, para la relación apuntada.

<sup>15</sup> Las relaciones diplomáticas iniciadas por Rusia, con relación a España, son anteriores y se remontan al siglo XVI, cfr. Amada López de Meneses, "Las primeras embajadas rusas en España (1523, 1525 y 1527)", *Bulletin Hispanique*, tome 48, 1946, pp. 210-226; es la época de Carlos V y las relaciones se inician cuando en Rusia reinaba el Gran Duque de Moscovia Basilio IV. En el reinado de Carlos II, tienen también lugar algunas embajadas rusas: Francisco Fernández Izquierdo, "Las embajadas rusas a la corte de Carlos II", *Studia historica. Historia moderna*, núm. 22, 2000, pp. 75-107.

*del viaje a Moscovia*, de 1727, como hemos indicado, y la *Relación de Moscovia* (1731), inserta ésta última en un volumen dedicado a la *Conquista de Nápoles y Sicilia* (1734).



Duque de Berwick

He aquí como resume un crítico, Antonio Paz y Melia, algunas de las circunstancias del largo viaje del embajador español:

El viaje a Rusia, con las dificultades que en aquella época presentaba, era ya prueba no pequeña de abnegación patriótica. Tres noches tan sólo, en un mes, durmió el Duque en cama. Desde su salida de Dantzig, apenas hubo día en que no se le rompiera algún coche, quedando atascado largas horas; y en la última posta pasó en uno ocho horas de la noche, tardándose doce en sacarle del tropiezo. A la mañana, montado en un miserable caballo sin herraduras ni silla y con un freno de cuerda, dio vista a San Petersburgo el Embajador de España. Allí le aguardaba, entre otros, un cuidado angustioso, de que ya, mientras permaneció en Rusia, no pudo verse libre. La tardanza, la irregularidad y la escasez en el pago de su asignación, le obligaron ya el 25 de Noviembre de 1727 á pedir socorro pecuniario al Marqués de la Paz (pues del Sr. Patino, decía, no lo espero, aunque dice que es amigo), manifestándole que los



crecidos gastos del viaje, los hechos por su servidumbre en los seis meses que llevaba aguardándole en San Petersburgo, y el arreglo de su casa, habían agotado sus recursos<sup>16</sup>.

Con este acercamiento hispano-ruso, la intención de nuestro país era buscar un aliado en Rusia con el que operar conjuntamente en la armada de una gran escuadra, desembarcar luego en las Islas Británicas y devolver consecutivamente la corona al rey Jacobo de Inglaterra, obteniendo de paso la devolución para España de la plaza de Gibraltar. El personaje esboza su situación económica y los encargos de que ha sido objeto en estos términos:

El Rey me señaló 54.000 escudos de ayuda de costa para hacer mi equipaje y viaje, y otros 54.000 escudos de sueldo. Nombró al mismo tiempo por Secretario de Embajada a don Juan Cascos Villa de Moros (que lo había sido de la de Holanda con el Marqués de San Felipe) con 400 doblones de sueldo y 600 de ayuda de costa. Tuve orden de hacer mi viaje por Barcelona, a donde me había de embarcar para Genova, desde donde había de pasar a Viena, a donde había de consultar con los Ministros imperiales el carácter que había de tomar, pues llevaba dos credenciales, una como Embajador y otra como Ministro Plenipotenciario. También me mandó S. M. pasar por la Corte de Parma y por las del Rey de Polonia y del de Prusia, para cuyos soberanos llevaba especial comisión<sup>17</sup>.

Por lo que se refiere a la *Relación de Moscovia*, se trata de un texto particular, no destinado en principio a la imprenta, sino dedicado a la instrucción de los hijos del autor y a su propia curiosidad<sup>18</sup>, y en él habla de las personas de la corte de los zares, que conoció directamente, así como de los sistemas de gobierno, de la religión y del comercio del país, añadiendo al final algunos itinerarios de viaje, especialmente se ocupa del que enlaza Moscú con Pekín, trayectoria que él no realizó personalmente, pero de la que se informó cuidadosamente en diversos autores consultados al respecto.

Tanto o más interés, si cabe, tienen para nosotros los despachos diplomáticos del Marqués de Almodóvar, Pedro Francisco de Luján y Góngora (1727-1794). Su estancia en Rusia tiene lugar en unos momentos especialmente complicados de la vida política de los zares, puesto que le tocó asistir en su misión diplomática, como ministro plenipotenciario del rey Carlos III, al fin del reinado de Isabel Petrovna, al breve imperio de Pedro III y a la entronización de la zarina Catalina II, sucesos

<sup>16</sup> Jacobo Francisco Fitz James Stuart, Duque de Liria, *Diario del viaje a Moscovia* [y otras obras], introd. A. Paz y Mélia, en *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, Madrid, M. Ginesta Hermanos, 1889, vol. 93, p. IX.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>18</sup> “No es mi intención dar esta relación al público, y sólo la formo para la instrucción de mis hijos y para mi propia curiosidad, pudiendo asegurar que todo lo que referiré, o lo he visto yo mismo, o he tomado muy individuales noticias, así de extranjeros prácticos del país, como de algunos de los naturales, hombres de gran verdad y habilidad”, Duque de Berwick, *Conquista de Nápoles y Sicilia y Relación de Moscovia*, pról. Antonio Paz y Mélia, Madrid, M. Tello, 1890, p. 250.

especialmente convulsos, puesto que Catalina, a la que se suele llamar la Grande, originariamente una princesa alemana, consiguió alzarse con el poder tras asesinar a su esposo, el citado Pedro III, al mismo tiempo que era considerada uno de los principales bastiones de la Ilustración en Rusia. Como sabemos, la zarina mantenía correspondencia con los ilustrados franceses más relevantes, como Voltaire y Diderot. De estas cuestiones históricas trascendentales para el país ruso es testigo del Marqués de Almodóvar, puesto que su estancia diplomática abarca desde 1761 a 1763.



Duque de Almodóvar

Como se manifiesta en la cédula de nombramiento, el Marqués está “encargado de fomentar y estrechar mi amistad [la del indicado rey español Carlos III] con la Zarina”<sup>19</sup> [que en ese momento era la citada Isabel I]. El diplomático parece cons-

<sup>19</sup> Pedro Luján Jiménez de Góngora y Silva, Marqués de Almodóvar, *Correspondencia diplomática del Marqués de Almodóvar, ministro plenipotenciario cerca de la corte de Rusia, 1761-1763*, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, José Perales y Martínez, 1893, tomo 108, p. 3. Copia de las cartas originales de este personaje en *Libro de registro de la correspondencia diplomática del Marqués de Almodóvar, embajador de España en San Petersburgo*, ms. 3526, BNE, con datos muy curiosos, como la cuestión de besar o no la mano de la nueva zarina; he aquí el comienzo de la misiva, fechada en San Petersburgo, en enero de 1762: “Muy señor mío: desde que esta corte nos hizo saber al ministro de Francia y a mí que si nuestras mujeres no besaban la mano a la gran Duque [sic, por Duquesa] no serían más convidadas a las asambleas de

ciente de que está viviendo unos momentos de singular trascendencia histórica, y así podría haber escrito, como lo hace el francés Claude Carloman de Roulhière:

*J'étais présent à la révolution qui a précipité du trône de Russie le petit-fils de Pierre-le-Grand, pour y placer une étrangère. J'ai vu cette princesse, échappée du Palais en fugitive, forcer le même jour son mari à lui abandonner sa vie et son Empire. J'ai connu tous les personnages de cette scène terrible<sup>20</sup>.*

Almodóvar sintetiza en su correspondencia lo que se comenta a propósito de las causas del destronamiento del zar y de la toma de poder por parte de Catalina:

palacio, no habían jamás concurrido a función alguna de la corte, habiendo continuado en concurrir a todas ellas las mujeres de los Enviados de Dinamarca y Holanda, que la besaron en su primera presentación y continuaron en besarla después. El día 5 de este mes, pocas horas después que falleció la emperatriz Isabel, vino el gran Maestro de Ceremonias a mi casa y me hizo saber la muerte que en consecuencia de ella había sido exaltado al trono el Gran Duque, con el nombre de Pedro Tercero, y que al día siguiente había gala, y sus Majestades Imperiales recibían los cumplimientos de enhorabuena a las once de la mañana. A breve rato, después de haberse ido el Gran Maestro de ceremonias me envió su secretario para avisarme que tenía orden de sus Majestades Imperiales de avisar también a mi mujer, suponiendo que no tendría dificultad de besar la mano a la Emperatriz. Aunque en el primer momento me pareció que, habiendo besado la mano a la difunta Emperatriz Isabel, parecía consecuente no hacer la menor dificultad con la Emperatriz reinante; no obstante tuve por conveniente responder que mi mujer estaba un poco indispuesta y que tendría la honra de felicitar a sus Majestades el día siguiente, si su salud se lo permitía, tomándome así tiempo para saber lo que hacía el Ministro de Francia, si había tenido, como era regular, el mismo aviso”, f. 1 r.-v., grafía actualizada. Para la biografía de este personaje, cfr. Nicolás Rodríguez Laso, *Elogio histórico del Excelentísimo Señor Duque de Almodóvar, Director de la Real Academia de la Historia, leído en junta de 11 de julio de 1794*, Madrid, Sancha, 1795. Con respecto a la embajada en Rusia se indica: “Se le nombra Ministro Plenipotenciario a la Emperatriz de las Rusias [en nota: En el año de 1759]. [...] Entonces fue cuando se abrió comunicación entre ambas cortes, ininterrumpida por casi treinta años, desde que se retiró de aquella el Duque de Lisia [sic, por Liria] [...]. ¡En qué circunstancias tan delicadas y difíciles empieza el Duque de Almodóvar a ejercer su encargo! En sólo el espacio de tres años conoce tres distintos monarcas, tres diferentes ministros y tres diversos gobiernos. Es testigo de aquella grande revolución, que por no haber costado una gota de sangre carece de ejemplar en la historia, como él mismo nota en sus Memorias. En el propio día, en que, después de sentarse repentinamente en el trono de las Rusias, Catalina II arengaba con nerviosa elocuencia a la nobleza, a la tropa y al pueblo, tuvo este ministro la complacencia de ver a su mesa muchos naturales y extranjeros, que venían de en medio de aquel confuso pueblo a tratar puntos concernientes a su suceso de tantos intereses y de tanta trascendencia para muchas cortes”, pp. 8-9, grafía actualizada. Entre sus obras están *Década epistolar sobre el estado de las letras en Francia. Su fecha en París en 1780* (Madrid, Antonio de Sancha, 1781), bajo el seudónimo de Francisco María de Silva, en la que se trata de Voltaire y de Rousseau, del teatro, de las escritoras del momento, etc., y la extensa *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas* (Madrid, Antonio de Sancha, 1784-1790, seis libros en cinco volúmenes), que lleva el nombre de Eduardo Malo de Luque, de la que escribe Rodríguez Laso: “no tiene rubor de confesar que el fondo del inmenso trabajo de esta obra se debe a una pluma extranjera”, *op. cit.*, p. 15. Se trata extensamente de Rusia en el tomo IV.

<sup>20</sup> M. de Roulhière, *Histoire ou anecdotes sur la révolution de Russie, en l'année 1762*, Paris, Desenne Imprimeur, 1797, p. 1. Hay traducción española de este texto francés, texto que no hemos visto; a él hace referencia Emilio Beladiez, *Dos españoles en Rusia (El Marqués de Almodóvar y don Juan Valera)*, Madrid, Prensa Española, 1969, p. 94.

El manifiesto que se ha publicado, dice en sustancia, que la Emperatriz subía al trono a instancias de la nación; que deponía el Emperador por su desprecio por la religión y peligrosas novedades que quería introducir; por la vergonzosa paz hecha con el mayor enemigo de este Imperio, desairando y sacrificando la gloria adquirida de sus armas; y por el total trastorno de todo el Estado, contra su constitución, buenas costumbres y usos y bien común.

Del más alto interés y dramatismo, a pesar de estar incluidas en un escueto texto diplomático, son las noticias que incluye sobre la muerte del extranjerizante zar Pedro:

El domingo 18 del corriente [julio de 1762], fuimos todos [los ministros extranjeros residentes en Petersburg] a Palacio según esta nueva forma establecida; pero no pareció S. M. I; se dijo se hallaba indispuesta, y aquella noche tuvimos la adjunta nota del aviso de la muerte del depuesto Czar el día anterior en Bopsza, 40 verstas de aquí, donde le habían llevado desde Gosteüz, que fue su primera prisión desde Feterhoff, aunque se había asegurado que estaba en la fortaleza de esta ciudad, y que se le pasaba a la de Schlusshelburg. Esta novedad ha hecho perder de vista otras noticias tocante al lance de su prisión, y anécdotas de aquellos dos días; se dice que había pedido su violín, un negro y un perro que quería mucho, un libro de romances, y una Biblia alemana y el uniforme del Rey de Prusia; y con efecto ha muerto con este uniforme. Que las últimas palabras que pronunció fueron vanagloriándose de que moría como oficial de aquel soberano. Añaden que estos últimos días comía y dormía muy poco o nada, y que bebía con un exceso increíble; que además de su inclinación, la ociosidad y la pesadumbre, le arrastraban con más fuerza<sup>21</sup>.

Se dice, en otros textos históricos, que la muerte del personaje tuvo lugar por estrangulamiento, fue obra de un tal Alexis Orlov, y que Catalina no castigó de ninguna manera al culpable; al mismo tiempo el noble diplomático cordobés da noticias sobre el pobre entierro del que fue objeto el detentador y heredero legal (como nieto del zar Pedro el Grande) del trono de Rusia:

La noche del 18 al 19 le trajeron secretamente al convento de San Alejandro Newski, donde le pusieron de cuerpo presente en una sala aquella misma mañana, y se avisó al público con el adjunto manifiesto. Estaba vestido con el uniforme de Holsteín, y en todo tratado y considerado como un Príncipe de aquel Ducado, destituido de todos sus honores y derechos, sin pompa alguna, ni insignias de Soberano de las Rusias. En esta forma se le hizo su entierro de secreto el 21 por la mañana, y no se habla de luto. La Emperatriz ha sentido mucho su muerte, y se ha sangrado; su penetración y talento, y su corazón, al mismo tiempo magnánimo y generoso, no puede menos de estar tocado del

<sup>21</sup> Marqués de Almodóvar, *Correspondencia diplomática, op. cit.*, pp. 203-204.

fin trágico de este Príncipe, aunque por su irregular y extraña conducta se había merecido el odio público y su desgracia<sup>22</sup>.

Pero, como indicábamos al comienzo, y sin dudar del indudable valor que tienen estos textos diplomáticos, será el siglo XIX, especialmente la segunda mitad del mismo, la que suponga una aproximación más precisa a la cultura y a la idiosincrasia rusas, fruto también, en algún caso, de las relaciones diplomáticas que se pretendían entre ambos países y que tuvieron por entonces un cronista de excepción, don Juan Valera.



Juan Valera

Valera escribe a su jefe diplomático, que estaba en Madrid, don Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, una serie de cartas, que van desde el 26 de noviembre de 1856 (desde Berlín)<sup>23</sup>, cuando todavía va de viaje hacia Rusia, en el

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 204. Con respecto al manifiesto al que hace referencia al diplomático español en este fragmento, se dice al final lo siguiente: “Con la esperanza de que el manifiesto o *ukase*, sobre la muerte del depuesto Czar, se imprimiría inmediatamente a su publicación en latín, francés y alemán, le ofrecía a V. E. incluir un ejemplar con esta carta; pero viéndome en la precisión de cerrarla por parte el extraordinario, y no habiendo podido conseguir más que el que hay en idioma ruso, y con mucho trabajo, porque ya son muy raros, se le remito a V. E. tal cual es; si se imprimieran en alguna de las tres lenguas, o logro alguna traducción, la remitiré a V. E. en la primera ocasión”, *ibid.*, p. 205.

<sup>23</sup> Tenemos a la vista las ediciones siguientes: Juan Valera, *Cartas desde Rusia*, pról. Alberto Cardín, Barcelona, Laertes, 1986; los tres tomitos de la más antigua: Juan Valera, *Cartas desde Rusia*, Ma-

séquito del Duque de Osuna, hasta el 23 de junio de 1857 (desde París), momento en que ha regresado de su interesante expedición. Se trata de una estancia de un año y medio aproximadamente, en la que el prolífico epistológrafo que era Valera da rienda suelta a su estilo directo y claro para contar todo lo que le llama la atención en el lejano país de los cosacos. Son en total unas ciento cincuenta cartas marcadas por la amenidad a que nos tiene habituados el escritor egabrense.

La experiencia prometía ser para Valera de lo más interesante, en todos los ámbitos, como comentaba a su hermano José Freuller, en un tono más desenfadado que el habitual en otras misivas:

Heme aquí de viaje para Rusia con cartas de S. M. en la maleta que hemos de entregar al Zar dentro de pocos días. No sé si Osuna se dará prisa a que nos larguemos. Pasado mañana lo veré; pero de todos modos nuestra misión no podrá durar arriba de un mes y medio, contando la ida y la vuelta. Allá en San Petersburgo nos agasjarán mucho; nos darán comidas y bailes y condecoraciones, y sabe Dios si alguna rusa nos lo dará también<sup>24</sup>.

Y en realidad, fue una estancia con vivencias extraordinarias, con intrigas cortesanas propias de la diplomacia y amoríos fugaces, pero intensos, como el que mantuvo con la actriz francesa Magdalena Brohan, aunque al final, y en carta su mismo medio hermano, le confiesa que había acabado cansado y lleno de pereza: “Por esas tierras donde he estado —escribe—, me he divertido mucho, y adquirido la mala costumbre de trabajar poco o nada, de no tener sujeción alguna y de hacer mi gusto en todo”<sup>25</sup>.

En esta “comisión tan divertida como honrosa”<sup>26</sup>, tal como la califica el propio escritor, Valera nos da una visión directa de la vida rusa, circunscrita sobre todo a los círculos de la nobleza y de la administración del estado, interesado habitualmente en el mundo de la cultura, de tal manera que las referencias al arte, a la religión y a la literatura de aquella nación son bastante frecuentes.

Tiene también interés para nosotros la idea que se forman los rusos, especialmente las mujeres de la aristocracia, de los usos y costumbres españolas, tamizados con frecuencia por la visión romántica que tanto los ingleses como los franceses manifestaron en los libros de viaje decimonónicos. He aquí lo que comenta con respecto a esta cuestión:

Seguro estoy de que, por muchos disparates que yo piense y diga de esta gran capital y de Rusia entera, nunca serán tantos como los que aquí se piensan y dicen de nuestra amada patria. No pocas personas, por lo

---

drid, Afrodisio Aguado, 1950, 3 vols., y la más reciente recopilación: Juan Valera, *Correspondencia, 1847-1861*, ed. Leonardo Romero Tobar, Madrid, Castalia, 2002, vol. I, pp. 326-558, para las cartas rusas, todas las ediciones sin anotación alguna ni comentario que guíe al lector.

<sup>24</sup> Juan Valera, *Correspondencia, 1847-1861*, ed. Leonardo Romero Tobar, *op. cit.*, p. 323.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 559.

<sup>26</sup> *Ibid.*

demás sensatas, imaginan aquí que fuman todas las señoras españolas, siendo, por el contrario, las que fuman, las rusas: que nos vestimos de majo; que nos damos de puñaladas a cada momento; que viajamos siempre en litera o en mulo; que detrás de cada mata hay una partida de ladrones, y no sé cuántas diabluras más, que pueden tener algún fundamento de verdad, pero que, por fortuna, no lo son completamente<sup>27</sup>.

Las que tienen más prevenciones erróneas, con respecto a la forma de ser de los españoles, son sobre todo las señoras de la alta sociedad, como Valera señala en el misma carta, donde se deja claro que los usos amorosos frecuentes en la España del siglo XVIII, como los lenguajes en clave (los abanicos, los lunares, las flores, los pañuelos, etc.), eran considerados todavía como algo vigente:

Las damas rusas no se atreven a abanicarse delante de nosotros, no sea que nos den una cita, nos digan doscientas mil ternuras o nos hagan concebir esperanzas y poco castos deseos, comprometiéndose sin que ellas se lo percaten. Creen tan a pies juntillas en el lenguaje del abanico como Homero en el de los dioses, del cual tuvo la audacia poética de dejarnos algunas palabras en sus obras. Mas por lo que toca a la verdadera lengua que se habla en Castilla, ni aquí se estudia ni se sabe palabra, a pesar de la facilidad maravillosa de los rusos para aprender idiomas. La mayor parte de ellos, singularmente las damas, imaginan que no hay en castellano libros que leer, fuera del *Quijote*, que está traducido al ruso<sup>28</sup>.

El diplomático escritor se manifiesta siempre interesado en la cultura de todos los países en los que ha desempeñado labores de representación como embajador o

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 361. Claro que, junto a estas cuestiones más bien triviales y cercanas a la chismografía, hay también algún erudito que tiene un conocimiento más directo de la realidad española y que se interesa por nuestra cultura: “He conocido a varios literatos y periodistas rusos, entre ellos a Botkin, que estuvo en España durante todo el año de 1840, y luego ha publicado, en cartas, sus impresiones de viaje. Botkin me mostró su obra sobre España; mas, como está en ruso, no puedo entender una sola palabra. Sólo noté que había traducido en ella algunos de nuestros antiguos romances, como, por ejemplo, uno de los que relatan la muerte de don Alonso de Aguilar. En la larga conversación que tuve con él observé, asimismo, que era hombre de buen gusto literario y de varia erudición; pero que de las cosas de España, y en especial de nuestra literatura, que fue de lo que más hablamos, sabía poquísimo, disculpándose él de esta ignorancia, en mi entender indisculpable para quien ha estado un año en España, ha escrito un libro sobre España, y dice que sabe el castellano, con decir que nuestros libros no se encuentran en parte alguna. Ello es que ni siquiera sabía el nombre del duque de Rivas”, *ibid.*, 387.

<sup>28</sup> *Ibid.* En otro lugar, añade al respecto, con la fina ironía que le caracteriza: “Según lo que yo he oído a las damas, que son las que se explican con más ingenuidad, aquí tienen una perversa idea de nuestras costumbres. Muchas señoras rusas fuman *pajitas* y hasta cigarros puros como trancas y dicen que imitan a las españolas. Acaso pretendan imitarlas también cuando fuman en pipa. Por lo demás, como estas señoras son tan románticas, adoran a España, país primitivo, como ellas dicen, donde quisieran ir para que las cogieran los ladrones y las violaran, y para correr otras aventuras de no menos gusto y provecho. La mayor parte de estas damas tienen la cabeza perdida con la lectura de libros franceses”, *ibid.*, p. 378. Nótese, de paso, que la expresión “fumar en pipa” no es tan inocente como parece.

agregado a la legación de España, y en el caso de Rusia no podía ser menos. En este sentido, expresa su interés por la lengua rusa<sup>29</sup>, un obstáculo insalvable en ese momento, para conocer directamente la creación literaria. Sin embargo, consigue acceder a la literatura eslava por medio del alemán, puesto que muchas obras de autores rusos ya han sido vertidas a ese idioma que Valera conocía medianamente. El resultado de ello es que en este epistolario encontramos tempranas referencias en nuestro idioma a la literatura del lejano país:

Por lo general, se cree que la literatura rusa comienza ahora; pero si este asunto se considera con más detención, se ve que cuenta siglos de antigüedad y obras notables escritas en los tiempos en que muchas otras literaturas de Europa no habían nacido aún y ni siquiera tenían lengua propia formada en que manifestarse. Esta temprana aparición de la cultura y del ingenio rusos se debe, principalmente al cristianismo y a una de las dos gloriosas naciones, maestras de las gentes, que han tenido, más que ninguna otra, la misión de propagarlo por el mundo y de enseñar al mismo tiempo las ciencias, las artes e *ogni virtù che del saper deriva*<sup>30</sup>.

A esto sigue un mediano excurso sobre la historia y la civilización rusas, que concluye con algunas referencias a los autores modernos: “De los demás autores rusos, antiguos y modernos, y de las canciones o baladas populares que hay aquí, y que corresponden a nuestros romances, espero saber el ruso para hablar con conciencia. Por ahora sólo puedo hablar sin escrúpulo de Puchkin y de Liermontov. Bondenstedt los ha traducido tan bien en verso alemán, que vale tanto como leerlos en ruso”<sup>31</sup>. El hecho es que Valera se manifiesta medianamente enterado del panorama de los autores más relevantes del Romanticismo ruso, de tal manera que en su correspondencia se documentan los nombres de Puskin, Lermontov, Gogol e inclu-

<sup>29</sup> He aquí algunas referencias al respecto: “Si yo supiera el ruso, ya sería otra cosa. La literatura de esta nación apenas es conocida en parte alguna, y la lengua, aunque empieza a estudiarse, se sabe poco. Difícil me será, por tanto, conocer algo del estado social de esta nación por su literatura, que dicen ser un trasunto fiel de dicho estado social. En Francia no creo que se conozcan más que algunas novelitas de Puschkin y de Gogol, que Mérimée y Viardot han traducido, y varios extractos y juicios críticos de otras pocas publicados en la *Revista de Ambos Mundos*. En Alemania se ha traducido algo más, y, sirviéndome de la lengua alemana, que entiendo medianamente, pienso leer los poetas”, *ibid.*, p. 359; “Leo, sin embargo, algunos autores rusos traducidos en alemán, y un día de éstos le escribiré a Campoamor una larga carta que me pide con noticias de aquí, dándoselas muy circunstanciadas del príncipe de los poetas moscovitas y de sus obras: de Puschkin, que apenas se conoce en Francia”, *ibid.*, p. 391; “y es tanto, sin embargo, lo que este país me agrada y me interesa, que a veces deseo permanecer aquí, estudiar la lengua y la literatura rusas, viajar por todo el Imperio y hasta escudriñar sus más apartadas y desconocidas regiones”, *ibid.*, p. 393; “No sé qué daría yo por saber el idioma ruso y poder tratar a la gente menuda de por aquí, y enterarme a fondo de sus costumbres de sus creencias y de sus pensamientos y aspiraciones. Pero cuando llegue yo a aprender el ruso, porque he hecho propósito de aprenderlo, ya no estaré en Rusia, ni acaso tendré probabilidad de volver a Rusia en mi vida. Mis nuevos conocimientos filológicos me servirían, sin embargo, para estudiar una literatura que, aunque casi ignorada en toda la Europa occidental, ni por eso deja de ser rica y promete ser grande con el tiempo”, *ibid.*, p. 411, etc.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 412.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 413.



so Turgueniev, escritores que conoce en las versiones que se han hecho de sus obras a diversas lenguas europeas:

Libros se escriben también en abundancia, —comenta en otra carta de abril de 1857— pero poco notables. De las novelas de Turgueniev es de lo que más se habla, y ya la *Revue des Deux Mondes* ha dado en francés algunas traducciones de ellas. He notado que las personas cultas de por aquí, esto es, los príncipes y boyardos, porque la burguesía no la conozco, no se fían mucho de los autores rusos, y no los leen sino después de haber pasado por el crisol de la crítica francesa, y cuando los franceses han dicho que son buenos *et vidit Deus quod esse bonum*. Mas esto no impide que todo ruso trate de probarle a usted que sus autores son intraducibles y que sus hermosuras y primores son incomunicables y divinos, como la lengua en que escribieron. Por donde Pusckin y Liermontov, que yo he leído en alemán, y algo de Gogol, que he leído en francés, debo tener por cierto, si quiero estar bien con estos señores, que valen mil veces más en la lengua propia, y que en otra lengua sólo queda un glóbulo homeopático de la bondad de ellos; algo de infinitesimal, microscópico e imperceptible, si se atiende a la verdadera grandeza de que están dotados<sup>32</sup>.

No obstante, por lo que se refiere al plano estrictamente literario, será doña Emilia Pardo Bazán la que difunda, en 1887, noticias específicas y sistematizadas, de primera o de segunda mano, sobre la literatura rusa, en especial sobre la gran novela del realismo, aportación crítica que consideramos un hito trascendental en esta aproximación. Con todo, hay que tener en cuenta que otros personajes anteriores a la Condesa, como el aventurero Juan Van Halen<sup>33</sup>, hacia 1818, o el ingeniero

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 495–496. En otro lugar, al tratar de los héroes rusos, habla también de los autores que se han ocupado literariamente de ellos, entre los que no faltan Puskin y Gogol: “También explicaría su organización y género de vida [Valera habla de la posibilidad de escribir un libro sobre Rusia], en lucha siempre con los fronterizos, como nuestros gloriosos almogávares, y contaría cuanto hay que contar de Mazeppa, de Tarass Boulba y de otros, héroes, ya históricos, ya fantásticos, de que las crónicas y las leyendas, en prosa y en verso, de Byron, de Gogol y de Pusckin dan larga noticia”, *ibid.*, p. 382. Algo después añade: “De la literatura de esta gente hablaría yo, fiado en las traducciones, extractos y juicios críticos de franceses y alemanes; y de su riqueza, fiado en los minuciosos datos estadísticos que dan los libros que he leído y que hacen de este país Eldorado, si bien acaso haya que conjurar estos libros, diciendo, con el célebre romance: “Por la Santa Trinidad / que me niegues la mentira / y me digas la verdad”, *ibid.*

<sup>33</sup> Hemos visto las memorias en español y en francés de este interesante personaje: *Narración de D. Juan Van Halen, jefe de estado mayor de una de las divisiones de Mina, en 1822 y 1823, escrita por él mismo*, Paris, Librería de Jules Renouard, 1828, 2 vols., y *Memoires de D. Juan Van Halen, chef d'état-major d'une des divisions de l'armée de Mina, en 1822 et 1823*, Paris, Jules Renouard, 1828, 2 vols.; los primeros capítulos del segundo volumen (en la versión francesa), 1 a 4 aproximadamente, se ocupan de su estancia en San Petersburgo, luego viaja por Georgia, el Cáucaso, etc. Sobre este militar es bien conocido el texto de Pío Baroja, *Juan van Halen, el oficial aventurero*, *Ensayos*, II, en *Obras completas*, ed. José Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998, vol. XIV, pp. 411–689, que viene a ser, en parte, una adaptación del original.

Agustín Pascual<sup>34</sup>, unos cincuenta años después, en 1872, vienen también a engrosar, entre los españoles<sup>35</sup>, las noticias y variadas referencias sobre los países eslavos. En los años iniciales del siglo XX, como sabemos, otros creadores españoles seguirán la misma tendencia, como Cristóbal de Castro, con sus crónicas desde Rusia, o Enrique Gómez Carrillo<sup>36</sup>, que sigue cronológicamente de cerca la obra periodística y el libro recapitulatorio que reúne las crónicas del iznajeño, el ya citado *Rusia por dentro*. Todos los autores mencionados, entre otros más que pudieran apuntarse, pueden considerarse algunos de los precedentes españoles para la corriente literaria rusófila que cultivaría luego con singular asiduidad y mediano acierto Castro.



Emilia Pardo Bazán

<sup>34</sup> Agustín Pascual, *Recuerdos de Rusia*, Madrid, Imprenta de Pedro Núñez, 1873. Se trata de la crónica de la asistencia por parte del autor a un congreso internacional de Estadística, celebrado en San Petersburgo; el volumen ofrece algún interés artístico, como comprobamos en el último capítulo dedicado a “Las iglesias de San Petersburgo”.

<sup>35</sup> Una visión general de las vivencias que han expresado los españoles con respecto a Rusia se encuentra en el libro de Pablo Sanz Guitián, *Viajeros españoles en Rusia*, Madrid, Compañía Literaria, 1995, aproximación bastante completa, aunque se olvida, por ejemplo, de algunos casos muy significativos para nosotros, como los libros de Manuel Villegas Piñateli, *Historia de Moscovia y vida de sus zares* (1736), y de Cristóbal de Castro, *Rusia por dentro* (1904).

<sup>36</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La Rusia actual*, París, Garnier Hermanos, 1906. En la parte final del libro, se habla de una visita al escritor Máximo Gorki. Sobre este interesante autor guatemalteco, vid el libro de Edelberto Torres Espinoza, *Enrique Gómez Carrillo, el cronista errante*, Guatemala, F & G Editores, 2007, que dedica un capítulo completo a la estancia del diplomático en Rusia, “En el infierno zarista”, pp. 149-172.

Pero, sin duda, como hemos indicado antes, la aportación más relevante con respecto a la cultura rusa y su recepción en España, sobre todo en el terreno de los estudios literarios, es la que lleva a cabo doña Emilia Pardo Bazán, primero, con un pequeño ciclo de tres conferencias que imparte en el Ateneo madrileño, y segundo, con la edición de esas conferencias en un volumen que configura, en cierta manera, una pequeña historia de la literatura rusa, desde sus orígenes hasta el momento en que doña Emilia imparte sus charlas. Este hecho, la fecha de abril de 1887, es la que hace que algunas obras fundamentales de la novela rusa, por ejemplo, *Los hermanos Karamazov*, no aparezca tratada en los discursos, pero hay que tener en cuenta que esta novela, de 1880, en su versión rusa, no habría sido traducida aún al francés<sup>37</sup>. Porque, y ese será un rasgo definitorio de esta aportación, la crítica española ha leído todas las novelas en francés y, en general, todos los estudios que le han sido asequibles sobre la cultura rusa, tal como indica en la amplia bibliografía que añade al final del estudio.

Lo que en Valera eran simples apuntes ocasionales sobre la literatura rusa, en la Pardo Bazán se convierte en un conjunto ordenado de reflexiones sobre la cultura, el pensamiento y, en último término, sobre la narrativa, organizada esta última cronológicamente desde el período romántico hasta el Naturalismo. Las figuras fundamentales de la novela rusa aparecen analizadas someramente en sus apreciaciones críticas, de tal manera que el público español puede oír hablar, por primera vez en muchos casos, de Puskin, Lermontof, Gogol (al que dedica un amplio tratamiento), Turguenief, Oblomov, Dostoievski (ella escribe Dostoyeuski<sup>38</sup>, adaptando quizás la fonética francesa del nombre) y el conde Tolstoi.

La crítica gallega se encontraba en ese momento, en torno a 1887-1888, en su “año glorioso”, “en el cenit del prestigio como escritora”, como ha señalado la crítica competente<sup>39</sup>, algo que se trasluce no sólo en la publicación de sus grandes novelas, como *La madre naturaleza*, sino también en sus vivencias sentimentales que la hicieron ir desde el ecuatoriano Juan Montalvo hasta el insigne Pérez Galdós. En carta a este último (junio de 1887), se hace eco del entusiasmo con que ha sido recibida por sus paisanos, y los términos de la comparación son inequívocamente eslavos:

El recibimiento aquí fue de novelista ruso, y por espacio de cuarenta y ocho horas he podido creerme a la altura de la popularidad de Dostoyevski. Anegada y bombardeada por las rosas, los ramos, las palomas y

<sup>37</sup> Tampoco hay un tratamiento especial de *Los hermanos Karamazov*, sí alguna referencia ocasional, en la que se considera la fuente de la Condesa, el libro de E. M. de Vogué, *Le roman russe*, Paris, Plon, 1888, 2ª ed. (la primera edición, de 1886, sería la que utilizaría doña Emilia).

<sup>38</sup> Todavía en los años veinte no está plenamente definida o unificada la transliteración del nombre del novelista; así, en el cuento del mismo, titulado “Cálculo exacto” (incluido en la sección “Cuentistas extranjeros” de *La Libertad*, 2 de septiembre de 1921), aparece como Fedor Dostoyuski.

<sup>39</sup> Cfr. Pilar Faus, *Emilia Pardo Bazán y su época*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 2003, I, p. 371; todo el capítulo X de esta importante obra se ocupa de las cuestiones que hemos indicado.

los versos; aclamada a gritos, seguido el coche por cerca de 20.000 personas y recibiendo comisiones del Ayuntamiento, la Diputación, el Instituto, etc. he llegado a dudar si sería ésta mi tierra<sup>40</sup>.

Como ejemplos del buen tino y acierto crítico de doña Emilia, que había mostrado, en palabras de Cristóbal de Castro, “por primera vez en España, un nuevo mundo literario”<sup>41</sup>, recordemos algunas apreciaciones en torno a los novelistas más famosos de la cultura eslava, Dostoievski y Tolstoi, de los que ella se ocupa en el capítulo tercero de su obra, con las designaciones de “El psicólogo y alucinado Dostoyeuski” y “El nihilista y místico conde Tolstoi”, respectivamente, aunque su tratamiento es menor, en extensión, con relación a los autores más antiguos, como Turgueniev o Gogol, lo que es indicativo de que estaban traducidos con más profusión al francés, donde la Condesa podría leerlos con toda comodidad.

De Dostoievski, comenta:

Es, en efecto, Dostoyeuski el deseado bárbaro, el primitivo, aquel en quien resuenan ciertas tirantes cuerdas del alma rusa, incompatibles con el armonioso y equilibrado espíritu de Turguenef. Dostoyeuski tiene la fiebre, la sinrazón, la enfermiza intensidad psicológica de los cerebros cultivados en su tierra; que no le lean las gentes de alma sensible, de blanda organización, enemigas de las escenas de horror, ni menos los enamorados del clasicismo en cuanto serenidad, armonía y luz. Con él entramos en una estética nueva, donde lo horrible es bello, lo desesperado consuela, lo innoble raya en sublime, donde las ramerías enseñan el Evangelio, los hombres van a la regeneración por el camino del crimen, el presidio es escuela de compasión y elemento poético del grillete. Mal que nos cuadre hemos de admirar a un novelista cuya lectura parece excitación sistemática al asesinato o pesadilla de noches de calentura; al trabar conocimiento con el Dante ruso ni un solo círculo del infierno nos será dado omitir<sup>42</sup>.

El autor de *Guerra y paz* le sugiere las siguientes ideas, entre otras muchas:

La biografía importante en el conde Tolstoy es la de su alma siempre inquieta, siempre a caza de la verdad absoluta y de la esencia divina: noble aspiración que embellece hasta los errores. No hay libro de Tolstoy donde no se revele, particularmente en la autobiografía *Recuerdos*, así como en repetidos pasajes de sus novelas, y por último, ya sin rebozo, en sus obras teológico-morales. Cuéntase el alma de Tolstoy en el número de aquellas que se ahogan cuando les falta Dios, y, sin embar-

<sup>40</sup> Citado por Pilar Faus, *Emilia Pardo Bazán y su época*, op. cit., p. 409.

<sup>41</sup> Cristóbal de Castro, “Doña Emilia o la enciclopedia”, *Mujeres extraordinarias*, Madrid, Renacimiento, 1929, p. 204; con estas palabras se está refiriendo Castro a *La revolución y la novela en Rusia*. Otras referencias en un artículo más reciente: Francisca González Arias, “La condesa, la revolución y la novela en Rusia”, *Bulletin Hispanique*, tome 96, 1994, pp. 167-188; la bibliografía sobre la cuestión es relativamente abundante.

<sup>42</sup> Emilia Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*, intrd. Laura Silvestri, y *La revolución y novela en Rusia*. *La nueva cuestión palpitante*, introd. Carlos Dorado, Madrid, Bercimuel, 2009, p. 335.

go, por confesión propia, el novelista vivió huérfano de toda fe y toda creencia desde la juventud hasta la crisis de la madurez<sup>43</sup>.

Cualquier lector actual de Dostoievski o de Tolstoi suscribiría, casi en su integridad, las apreciaciones de esta comentarista decimonónica, aparte del incentivo que supuso para el lector y el editor español<sup>44</sup> el conocimiento del vasto panorama que la escritora gallega había trasladado al público interesado del momento.

Y, sin embargo, no todos los críticos estuvieron de acuerdo en el valor de las conferencias y el libro consecutivo, de lo que da fe, por ejemplo, Valera, que ya conocía, como hemos indicado, y de manera directa, el panorama cultural de aquella nación. En este sentido escribe a Menéndez Pelayo, desde Bruselas, en junio de 1887:

La Pardo Bazán me envió su libro. Me maravilla la alabanza que da a la literatura rusa a expensas de toda la Europa occidental, que considera casi intelectualmente agotada y muerta. Aunque sea poniendo por las nubes a doña Emilia, no sé resistir a la tentación de impugnar algunas de sus ideas y lo estoy haciendo<sup>45</sup>.

El consecutivo comentario de Valera, que se publicará<sup>46</sup> en la *Revista de España*, y que hizo que el ilustre diplomático y fino escritor se viese obligado a releer a varios autores rusos<sup>47</sup>, ofrece valoraciones positivas, en líneas generales, pero tam-

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 345.

<sup>44</sup> “Cualquiera que sea la significación de la obra –escribe Osborne, al relacionar el estudio de doña Emilia con el del Vizconde de Vogüé, *Le roman russe* (1886)–, seguramente no es muy original. Y, sin embargo, con todas las reservas necesarias, La revolución y la novela en Rusia es aún de gran interés para el estudiante de la literatura comparada, puesto que, como he dicho antes, es la primera obra española de importancia que versa sobre la literatura rusa. Cuando se publicó fue muy leída y discutida. Allá por el año de 1887 los novelistas rusos eran casi completamente desconocidos en España. Portnoff nos asegura que, en las mejores revistas no puede hallar artículos sobre ellos antes de la publicación del estudio de la Pardo Bazán [en nota: Georges Pornoff, *La literatura rusa en España*, New York, 1932, p. 37]. Por consiguiente, por poco original que sea su libro, señala sin embargo la introducción de la novela rusa en el país. Según Sáinz de Robles, los novelistas rusos empezaron a traducirse al español, más o menos directamente, gracias al interés estimulado en el público por la condesa. Bueno será advertir aquí que el mismo Portnoff, en 1923, tradujo al castellano por primera vez un libro de Dostoievsky directamente del ruso. El libro es *Memorias de la casa muerta*”, Robert E. Osborne, “Emilia Pardo Bazán y la novela rusa”, *Revista Hispánica Moderna*, núm. 4, octubre, 1954, pp. 274-275. Otras referencias en el artículo de Sophie Ollivier, “La reception du roman russe en Espagne (1887-1925)”, *Revue des études slaves*, tome 65, 1993, pp. 139-148. Hay que añadir las traducciones del teatro ruso que lleva a cabo Cristóbal de Castro, cronológicamente algún tiempo después al período que abarca este artículo; así el *Teatro grotesco ruso*, Madrid, Aguilar, 1929, con obras de Gogol, Tolstoi y Andreiev, o los diversos artículos del mismo polígrafo iznajeño, como “Los intelectuales rusos”, *La Esfera*, 16 de julio de 1921, o alguno de Tomás Borrás, “Rosas de España para Rusia”, *La Esfera*, 3 de noviembre de 1922.

<sup>45</sup> Juan Valera, *Correspondencia, 1884-1887*, ed. Leonardo Romero Tobar, Madrid, Castalia, 2005, vol. IV, p. 701.

<sup>46</sup> Juan Valera, “Con motivo de las novelas rusas. Carta a la señora doña Emilia Pardo Bazán”, *Revista de España*, 10 de julio de 1887, pp. 117-132.

<sup>47</sup> “Para escribir yo –comunica a Menéndez Pelayo en carta de agosto de 1887–, y no desisto de ello, otra carta a doña Emilia Pardo Bazán acerca de la novela rusa, estoy leyendo algo de Turguénev y

bién algún reparo, como cierto apasionamiento en las apreciaciones esparcidas en el libro, al mismo tiempo que disiente del valor de la literatura rusa, en relación con el resto de las literaturas europeas del momento:

Hasta lo presente —señala—, disto infinito de dar a la literatura rusa la importancia y el valer que usted la[sic] prodiga. Justo es conceder que en el concierto de las naciones cultas de Europa se nota y distingue desde hace poco una voz más: la voz rusa; pero no que esta voz es la de la *prima donna*, la cual canta un aria estupenda y que todos hemos enmudecido para oírla<sup>48</sup>.

Añade luego que el auge de la novela rusa es simplemente un reflejo de la moda que se está produciendo, en el mundo intelectual, en la capital de Francia y en artículo se resuelve en una encendida defensa de la cultura occidental en cada una de las naciones que la constituyen.

Algún tiempo después, en 1889, doña Emilia seguía manteniendo la misma admiración por Rusia, con un sentido un tanto profético, si puede decirse así, como se trasluce en sus palabras: “Para mí tiene especial encanto todo lo que se refiere a Rusia. Si Grecia es el ayer de la civilización europea, Rusia es acaso el mañana”<sup>49</sup>.

Como hemos ido señalando en este amplio panorama temporal, por lo general mal conocido y poco estudiado en su conjunto, hay una serie de eslabones fundamentales en la cadena de autores que se ocupan de Rusia, hasta finales del siglo XIX, configurando así un esquema de recepción de la cultura eslava que vendrá a incrementarse, con más intensidad, si cabe, por obra de una pléyade de periodistas y escritores del primer tercio del siglo XX, entre los que figura con singular interés, desde nuestra perspectiva, Cristóbal de Castro<sup>50</sup>.

---

de Tolstoi. Casi todo lo ruso de algún valer está traducido en alemán”, Juan Valera, *Correspondencia, 1884-1887*, ed. Leonardo Romero Tobar, *op. cit.*, p. 713.

<sup>48</sup> Juan Valera, “Con motivo de las novelas rusas. Carta a la señora doña Emilia Pardo Bazán”, *Obras completas*, ed. Luis Araujo Costa, Madrid, Aguilar, 1942, vol. II, p. 703. Continúa el fragmento en los siguientes términos: “Casi nos pinta usted a las naciones europeas intelectualmente decaídas. Yo veo lo contrario: nunca gozaron de más brillante florecimiento intelectual. En Rusia empieza también una época fecunda. Quizá en lo porvenir Rusia eclipse y supere a los pueblos occidentales de nuestro continente; pero este por venir está aún muy remoto. En lo presente, y prescindo del glorioso pasado, ¿quién no ve que la producción literaria y científica de Alemania, Inglaterra o Italia está muy por encima de Rusia? A mi ver, si no me engaña el patriotismo ibérico, ni España ni Portugal se han quedado a la zaga de la nación que hace poco ha entrado en el concurso”.

<sup>49</sup> Apud., Robert E. Osborne, “Emilia Pardo Bazán y la novela rusa”, *op. cit.*, p. 280. Otros autores españoles tuvieron posteriormente una visión utópica de la revolución rusa, como se observa en Machado: Paul Aubert, “Antonio Machado entre l’utopie et l’épopée: une vision idéaliste de la révolution, de la Russie y du marxisme”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tome 26-3, 1990, pp. 5-51.

<sup>50</sup> Entre la bibliografía acerca de la influencia de Rusia en la obra de Cristóbal de Castro, nos parecen interesantes los trabajos de Ángel Guerra, “*Rusia por dentro*, por Cristóbal de Castro”, *La Lectura*, año V, tomo I, 1905, pp. 316-318; Enrique Gómez Carrillo, “Un voyage en Russie [M. Alfredo Vicenti, M. Cristóbal de Castro, M. Luis Morote]”, *Mercure de France*, 15-III-1906, pp. 308-312; Claire Nicolle Robin, “Los artículos de Cristóbal de Castro desde San Petersburgo en



Cristóbal de Castro

*La Correspondencia de España* (Febrero-Junio de 1904)", en Manuel Galeote, ed., *Oralidad y escritura en andaluz*, Iznájar, Letras de la Subbética, 1998, pp. 263-280; Manuel Galeote, "Cristóbal de Castro, corresponsal en la guerra ruso-japonesa (1904): acercamiento preliminar", en Antonio Cruz Casado, ed., *Bohemios, raros y olvidados*, Córdoba, Diputación Provincial /Ayuntamiento de Lucena, 2006, pp. 205-264; Juana Toledano Molina, "Las novelas rusas de Cristóbal de Castro", en Joaquín Criado Costa, José Cosano Moyano y Antonio Cruz Casado, coords., *Segundas jornadas de la Real Academia de Córdoba sobre Iznájar, [2009]*, Iznájar, Letras de la Subbética, 2012, pp. 167-176; Lily Litvak, "El país de la nieve. Las novelas rusas de Cristóbal de Castro", *Studi Ispanici*, núm. 42, 2017, pp. 99-116; María Sánchez Puig, "Notas sobre *Runieff, El Chaparraga*, novela rusa de Cristóbal de Castro", *Studi Ispanici*, núm. 42, 2017, pp. 117-123, etc. Para otras aproximaciones a la cultura de Rusia, más recientes, vid la tesis doctoral de Jesús Guzmán Mora, *Visiones de Rusia en la narrativa española: el caso de la División Azul*, Universidad de Salamanca, 2016, consulta on line.

## APÉNDICE

Un cuento ruso de Cristóbal de Castro

*Bogdanof, el loquero*<sup>51</sup>

## I

## Soliloquio

Corrió, bajo la nieve, refugiándose entre la multitud que llenaba el pórtico de San Isaac. ¡Qué tardecita! La gran plaza del Sínodo, desierta, mostraba en el inmenso, albo tapiz, los surcos negros del paso de trineos y troikas.

Los pobres inválidos de Crimea, con sus altos gorros de piel, daban guardia, fusil al hombro, en torno al monumento de Alejandro III. Enfrente, en el Hotel de Inglaterra, había luminarias para una tómbola. Hacia la izquierda, el enorme palacio del Sínodo, erguía su pesada mole, de fachada amarillenta.

Y, del lado del río, entre jardinillos, ateridos en su desnudez, Pedro el Grande, con túnica romana, como Escipión, jinete en un robusto caballo, tendía la diestra hacia el Neva, desde su gigantesco monolito.

Bogdanof absorbió, como un ebrio absorbe el licor, la tristeza infinita del anochecer. El pórtico, abarrotado de gentío, tenía sordos rumores de mar en resaca. Popes, lentos y graves, de altos bonetes y anchas túnicas, abríanse paso, a empujones. Burguesas opulentas, llenas de joyas, se apretujaban, entre maliciosas risas, para colocarse en primer término. Militares infatuados y bigotudos formaban corros de opereta. Y luego, bien detrás, la masa, densa y sucia —artesanos, empleadillos, cheloviets<sup>52</sup>— cambiaba cuchufletas y pellizcos, empinándose para ver caer la nieve.

Como siempre que se encontraba entre la multitud, Bogdanof sentíase más solo, más desamparado, más vencido. Lucían ya los faroles del alumbrado público, los focos del Sínodo y del Hotel de Inglaterra. De cuando en cuando, un *vornik* (portero), con su farolillo a la cintura, pasaba, conduciendo a un borracho.

¿Por qué estaba allí? Estaba allí, como impulsado, como barrido por la vida, humana hoja seca, desprendida del árbol de la voluntad, a merced de lo inconscien-

<sup>51</sup> Publicado en *Mundo Ibérico*, Año 1, núm. 2, Barcelona, 20 de junio de 1927, pp. 4-5. Creemos que se trata de un relato bastante olvidado, inserto en esta revista quincenal barcelonesa que dirigía el escritor Mario Verdaguer.

<sup>52</sup> En su novela *La duquesa espía* (1928), Castro incluye este término con el significado de “camareeros”. También está presente la palabra en *La gran duquesa* (1912), *Los emboscados* (1924), *Un bolchevique* (1919), que es la novela preferida del autor, etc.



te. Respondiendo a su pensamiento, se encogió de hombros. —¿Qué más le daba estar allí que en otro sitio? Y ¿en qué sitio podía estar sino allí? ¿Tenía, acaso, hogar, familia, empleo, ocupación, propósito alguno, esperanza alguna, ni siquiera deseo alguno?

Desde que el día anterior lo despidieron, por exceso de personal, de la fábrica de Alexeief, en la Marskaya, vagaba por San Petersburgo, como una sombra. Recordó su última comida en el Dominiquino, su último rublo, entregado de propina al *iztovschit* (cochero) que le llevó, de madrugada, hasta el puente de San Nicolás. Su cobardía ante el estruendo de las aguas del Neva, que le ofrecían una muerte incierto, braceando entre las angustias del ahogo... Su paso ante las fogatas del cuartel de Sadowa, donde un sargento bizco se emborrachaba con dos lumias.

Y ahora estaba allí, en el pórtico de la Catedral. ¿Para qué? No era lo bastante optimista para desear la Vida, ni lo bastante pesimista para buscar la Muerte. ¿Entonces?... Habitado al soliloquio mental, abismóse en él. Lanzóse a las regiones quiméricas, entre vigilia y sueño. Fue un vago explorador de lo Inconsciente. Atravesó la vasta zona mental donde conviven todas esas fuerzas ignotas que nos arrastran fuera de la conciencia, de la razón y aun del deseo. Mundo que, como ha dicho Stankievitz —y han repetido luego franceses como Flournoy, Montel, Claperade y Chaskin; alemanes como Rank, Pfister y Sadger; austriacos, como Freud, Adler y Jung; suizos, como Maeder y Baouin; angloamericanos como Jones, Hollard y Jellfe— es “la realidad interna del hombre”.

De repente, sintió que le tocaban en el hombro y oyó una voz que le gritaba con júbilo:

—¡Napoleón! ¡Napoleón!

## II

### Diálogo

Volvióse, receloso, hostil. Hallábase enfrente de un hombrecillo, todo barbas, como un gnomo, que le estrujaba entre los brazos, mientras iba endilgándole imprecaciones cariñosas.

—¡Mal bicho! ¡Desagradecido! ¿Dónde te metes? ¡Catorce años, preguntando por ti! ¡Napoleón! ¡Napoleoncete!

Bogdanof rechazaba al gnomo, entre balbuceos:

—¡Quite! ¡Usted está confundido! ¡Déjeme!

Arrugó el hombrecillo el ceño. —¿Cómo confundido? ¿Qué no era Napoleoncete, el del Liceo Pedro, el Grande?

Dióse una palmada en la frente.

—¡Ah! Ya. Tienes razón. No eres Napoleoncete. Napoleoncete tenía una verruga entre las dos cejas. Pero ¿a que eres “Grullita”? Me juego la cabeza a que eres “Grullita”.

A esta palabra de “Grullita”, abrióse Bogdanof, entero, emocionado y cordial, como ante su infancia, resurgida.

—Verdad. Soy “Grullita”. Pero... tú...

¡Acabáramos! El gnomo era Lavin, Miguel Ivanovicht Lavin, más conocido por el Monje, a causa de su misticismo colegial.

—¿Qué es de tu vida? —inquirió el gnomo, alargándole un *papirossi* (cigarrillo)—. ¡Catorce años! Anda, cuéntame ce por be.

—¡Psé! —replicó Bogdanof, eludiendo—. ¿Y tú, qué te haces?

—Pues yo, chico, estoy de loquero en Oraniembau.

—¿Loquero?

Fue como si en el alma de Bogdanof hubiese explotado un barreno. Nubes de humo y polvo, trepidaciones, confusiones. Durante los primeros instantes, permaneció mareado, aturdido. Poco a poco, fue recobrándose... ¡Loquero! Es decir, guardián de locos. Es decir, habitante de otro planeta humano. Sintió la tentación invencible de aquella humanidad tan desconocida y tan diferente. ¿No quería dejar la vida, huir de esta aborrecible humanidad cuerda? Pues he aquí que el “Monje” le mostraba la otra, como Moisés a los hebreos la Tierra de Promisión.

—Loquero, sí. ¿Te parece raro?

Miguel Ivanovicht Lavin se explicó. No era tan raro como parecía. Ni los locos tan locos como se cree. Un manicomio es un horror; más para el vulgo. Para quien se precie de observador, es lo más interesante del mundo. Él llevaba en Oraniembau cuatro años, día por día. Y estaba contento. Y alegre. Reía, como un gnomo de Perrault, como un enano de Amadís. Exaltaba la dignidad de su oficio, científico, como la Medicina, humanitario, como la Caridad.

—Además, ¡si vieras!... ¡Los locos! Es la única gente cuerda... Créeme...

Cuando Bogdanof le contó su vida, exponiéndole situación tan angustiosa, Lavin casi se echó a llorar. Luego, reaccionando, se animó con la exclamación rusa:

—¡*Nitchevó!* (¡No importa!) Ya lo arreglaremos, “Grullita”. Confía en mí...

Días después, Bogdanof ingresaba en Oraniembau, de loquero.

## III

## Guardia nocturna

De madrugada, la crujía era un espanto. Se helaban hasta las palabras. Oscura como boca de lobo, su silencio, de cárcel o panteón, sólo era interrumpido por algún grito, ahogado y lejano, y por los pasos de los loqueros de guardia.

En el centro, bajo un gran foco eléctrico, ardía una fogata inmensa, rodeada de taburetes. Bogdanof y Lavin, sentados, dormitaban. De ven en vez, un grito los despertaba, escalofriándoles el cuerpo. Entonces, reencendían los apagados *papirossi*, trincaban un trago de *vodka*, bostezaban ruidosamente, los brazos en cruz:

—¡Aaaah!

Luego, ya más despabilados, comenzaban a pasear, recorriendo las celdas, fisgando por la mirilla, en un diálogo mudo, de largos guiños y expresivos ademanes. Bogdanof estaba en sus glorias. Su alma hosca, de misántropo, se enternecía ante el nuevo panorama espiritual, como la de un pintor ante un paisaje maravilloso. La ingenuidad característica de los locos, su astucia inocente, su lógica, arbitraria e inconexa, como la del niño, lo retrotraía a su infancia. Las mismas furias de los alineados, por lo rápidas y frenéticas, tenían mucho de pueril. ¿No era como vivir entre una humanidad virgen, horra de mentiras sociales, extraña a la maldad del hombre y a los disimulos de la mujer? ¿No equivalía a haber hallado la Muerte, sin dolor ni angustia, a haber resucitado, después, en un nuevo planeta humano?

Tenía razón Lavin. Los locos son la única gente cuerda. Además, ¿dónde estaba la Locura, sino en los cuerdos del planeta antiguo? ¿Cuáles de sus aspiraciones tenían fundamento real? ¿Había ni una sola que no estuviese en pugna con el pensamiento o el sentimiento? ¿Érale dable a un hombre cuerdo realizar una sola de sus locuras?

En cambio, cada loco las realizaba fácilmente, totalmente, con una omnipotencia de dios más que de hombre. ¿No era, pues, cada loco un dios?

Estas ideas de Bogdanof, cuchicheadas en la guardia nocturna, mientras menudeaba los trinqués de vodka, apabullaban a Lavin, que, dando cabezadas, pugnaba por seguirse en el taburete.

—¿No es cada loco un dios? ¿Eh?... ¿Eeh?... Tú... ¿Estás hecho un tronco?... Responde... ¿No es cada loco un dios?...

—¡Huuuum! —gruñía Lavin, en un retemblido.

IV

La sorpresa

—¿Qué me llama el Director? ¿Para qué? —inquirió Bogdanof, abandonando la manga con que regaba los rosales.

Cuando penetró en el despacho, el Director, abroquelado tras sus gafas negras, le indicó una silla. Bogdanof, confiado y tranquilo, tomó asiento.

—Vamos a ver —comentó el jefe. Mas, de pronto, se interrumpió, viendo aparecer en la puerta a dos hombres.

—Aguarden un momento. En seguida soy con ustedes.

Y, dirigiéndose de nuevo a Bogdanof:

—Vamos a ver... ¿Está usted contento en el cargo? ¿Nota gran diferencia entre el mundo de los locos y el de los cuerdos?... Vamos a ver... Tengo curiosidad... Me dicen que es usted un hombre original, muy inteligente... Vamos a ver...

Bogdanof comenzó una disertación abtrusa y vibrante. Claro que estaba contentísimo. Claro que había diferencia entre los cuerdos y los locos. Como que los locos eran los cuerdos y al revés: los cuerdos, los locos. ¿Por qué? Porque los cuerdos eran hombres y los locos, dioses.

Hablaba apasionado, encendido, manoteando, jadeante. Súbitamente, el Director hizo una seña. Los dos hombres, cayendo sobre Bogdanof, pusiéronle la camisa de fuerza. El Director, en pie, ordenaba:

—¡Cuidado!, ¿eh? No tarda dos minutos el ataque furioso... Cuidado, ¿eh?